

y para los que los colombianos poseen una admirable disposición.

Estos días me ocupó en renovar mi conocimiento con los honorables y simpáticos habitantes de esta querida ciudad, pues es necesario manifestarles de alguna manera mi reconocimiento á la fina hospitalidad, á la honrosa acogida que tan generosamente me dispensaron en mi primera visita de hace cinco años.

Yo termino la presente, y cuando esté próximo á salir de Bogotá ó haya salido, escribiré avisándote para dónde me dirijo, que probablemente será á Venezuela. Adios, amiga mía.

Caracas, Abril 11 de 1881.

MARIA APRECIABLE:

El domingo 3, á las cuatro de la tarde, zarpó el vapor francés "Lafayette" y despidiéndome de las playas de Colombia, triste porque dejaba excelentes amigos en ese país, y pesaroso por el extravío de mis cargas (1) me recliné

1 Al separarme de Barranquilla para Sabani-lla, la ineptitud de los empleados de la estación del ferrocarril retuvo inconsideradamente los bultos de mi colección, poniendo en el wagon de carga únicamente mis baules. Cuando llegué al puerto me encontré sin los primeros y como el

en un sillón sobre cubierta, mirando el mar por la vigésima cuarta vez y experimentando ya cierto cansancio de los viajes, que aunque es verdad que tienen sus encantos, es cierto también que éstos vienen mezclados de una prosa insoportable. Todo el mundo dice ¡qué lindo es viajar! pero nadie repara en las mil incomodidades y peripecias desagradables que trae un viaje, no ya solamente en Colombia, que es el peor

lanchon que llevaba los equipajes atracó contra el vapor antes de que los pasajeros pusiéramos el pie en él, al verificarlo yo, me dirigí al sitio donde se desembarcaban las cargas, y como no ví de la mía sino una parte, ignoraba si la que faltaba habría quedado en la estación de Barranquilla ó la habrían metido en las bodegas de la carga que iba á Europa.

En esta duda terrible, como ya se aproximaba la hora de partir el «Lafayette,» sólo tuve tiempo de escribir á algunos amigos de Barranquilla encargándoles buscasen mi coleccion, y á los que seguían á Francia verificaran igual cosa, entre las cargas del buque al llegar á San Nazario.

Hasta despues de dos meses supe el paradero de mis cuadros, y hasta el pasado Marzo los recibí, un año despues de su extravío.

país para transitar; pero tambien en los demás, aunque sea en vapor, ferrocarril, á caballo ó de cualquiera manera que sea.

El acto sólo de caminar cansa y tortura los huesos del cuerpo: el viaje en un vapor, prescindiendo de los mil peligros de que está rodeado el viajero por sus cuatro costados, porque en un momento puede irse á fondo la débil tabla que lo sostiene, incendiarse el buque, verificarse una explosion por la reventada de una caldera, dar un choque contra una roca ú otro vapor, encallar, y otras emergencias de esta especie, que tienen pendiente én un hilo la vida del viajero, el fastidio de una navegacion larga ó corta, en la que el buque es una prision y cuya reducida localidad se recorre cien veces al dia ya bajando, ya subiendo, tomando un libro, botándolo, acostándose, levantándose, durmiendo, despertando, comiendo, bebiendo, y finalmente, llevando una vida vagabunda y sin acción, enervan el alma, y no puede mé-

nos de apoderarse de una persona un poco activa el tedio y el fastidio mas insoportables.

No harémos una enumeracion de los inconvenientes que traen consigo las otras maneras de viajar, porque tú te las puedes imaginar, y no te las indicó para no hacer larga esta carta; solamente añadiré algunos de los anexos á los viajes, como son: las exigencias de las aduanas al salir ó entrar á cualquier ciudad ó pueblo, sacar ó visar los pasaportes, arreglar los pasajes en cualquiera vehículo ó por mar; batallar con hoteles, cargadores, carruajes, cocheros brutos que todos conspiran con la pobre bolsa del individuo que viaja, que necesita llevarla bien provista y siempre abierta; hasta los comerciantes, fondistas y todo el mundo, que mirando que el que les compra es extranjero, le cobran la mitad mas del valor de los objetos que compra; al moverse el viajero de una parte á otra, sea con carga ó equipaje, en el camarote ó en el hotel mismo, necesita hacerse Argos para

que alguno de los cien mil ladrones que circulan por todas partes, no se lo birlen y lo dejen como Adan en un país extranjero, en el que tal vez nadie lo conoce. ¿Y se dirá todavía, que es muy bello viajar?

Despues de todas las penalidades y peligros que traen los viajes, nos falta mencionar acaso el mas grave mal: la ausencia de la Patria, la carencia de la vista de la familia, de los amigos, los afectos, las comidas y de todo aquello que forma la poesia de la vida y que sólo se halla en la parte donde se vió la primera luz.

Creo que la parte poética de los viajes consiste en estar ya descansado el viajero en la poblacion que visita, porque entónces comienza á gozar con la novedad de las costumbres, la rareza de lo que mira por primera vez, la belleza de los manumentos artísticos, los paseos, la forma ó aspecto de las ciudades y de toda una naturaleza nueva y variada, que por primera vez se presenta á su vista sorprendida. Pero, ¿qué

caros compra todos estos goces! y sin embargo, no son completos, porque en medio de ellos, lanza alguna que otra vez algun suspiro por el recuerdo de la patria ó por la ausencia de alguna persona amada que compartiera á su lado de esas agradables impresiones y pudiera desahogar con ella comunicándoselas.

Para corroborar mi opinion sobre las molestias ó padecimientos de los viajes, traeré en mi apoyo una maldicion que no sé si sea vulgar ó traiga mejor origen, y es la de "Viajando te veas;" y cierto que no puede haber cosa peor, en vista de todo lo que he enunciado someramente, dejando en el tintero otras muchas plagas de los viajes y no contando con el tormento de los diversos climas, que las mas veces son hostiles al viajero, sin contar con las estaciones que le sorprenden fuera de su casa y con la completa ausencia de todas las comodidades para resistir á su inclemencia.

Algun sibarita ú optimista dirá, si

pone los ojos en estas líneas: "El que escribe esto probablemente es un pelagatos, que ha viajado en tercera en los vapores y acaso de grumete, y así en todos los vehículos conocidos en última clase;" pero yo apelo al testimonio de los que no hayan viajado como Rothitt y otros pocos, que riegan el dinero por donde van, proporcionándose mayordomos y otros elementos que facilitan los viajes, y con todo, con los millones no se excusa la molestia natural, el cansancio y los demás incidentes fortuitos.

Volvamos ya, querida María, á nuestra conversacion sobre el viaje á Venezuela que he distraido por enumerar algunas de las desventajas de los viajes.

Te decia que salí de Sabanilla á las cuatro de la tarde y ahora te añado, que despues de dos dias de camino, llegué el miércoles 5, á las seis [de la tarde, á Puerto Cabello, á cuyo muelle atracó el vapor.

Este puerto es venezolano y no carece de importancia comercial, tocando en él los vapores franceses, alemanes é

ingleses que hacen el viaje de sus países oriundos á las Antillas, teniendo por límite á Colon. Ya yo conocia á Puerto Cabello porque lo visité hace siete meses al ir á Colombia; pero ahora te hablo de él manifestando: que al otro dia desembarqué para visitar la poblacion, y lo primero que el viajero encuentra á su frente, poniendo el pié en tierra, es la Aduana, á la izquierda una línea de casas de mediana apariencia y á la derecha una alameda ó pequeño jardín bien cultivado de bonitas flores, arbustos, árboles frutales, como mango y chico-zapote y palmas reales que circundan una preciosa fuente de bronce coronada de un niño montado sobre un delfin, arrojando agua por un cuerno marino.

Tomé asiento para contemplar ese bello conjunto y gozar de la frescura de los arbustos y despues me encaminé al interior de la ciudad, la que tiene dos ó tres calles largas que corren de Sur á Norte, con tiendas, pocas casas de alto y bajas de regular apariencia. Hay dos

plazas en construccion y la del mercado está bien surtida y bastante animada por la muchedumbre de vendedores y compradores, la mayor parte negros. Entré un poco al mercado y despues de haberlo recorrido sin encontrar cosa notable en frutas ú otros objetos, salí á tomar un refresco al hotel de Santander, que es uno de los tres ó cuatro que hay regulares, y continué recorriendo las calles que me faltaban, que son bien insignificantes; aunque todas tiradas á cordel, regularmente enlosadas y de noche un poco iluminadas. Hay una bonita iglesia casi terminada y el muelle del puerto en muy buen estado y bastante extenso, corriendo paralelo á la plaza que mira al Norte y casi cubierto de buques de todos portes, cargando y descargando.

En la tarde del mismo dia zarpó el «Lafayette,» partiendo para la Guaira, á cuyo puerto atracó el juéves 7 á las cinco de la mañana. La ciudad, vista desde el mar, tiene un aspecto agradable, por formar un anfiteatro con todos

ingleses que hacen el viaje de sus países oriundos á las Antillas, teniendo por límite á Colon. Ya yo conocía á Puerto Cabello porque lo visité hace siete meses al ir á Colombia; pero ahora te hablo de él manifestando: que al otro día desembarqué para visitar la poblacion, y lo primero que el viajero encuentra á su frente, poniendo el pié en tierra, es la Aduana, á la izquierda una línea de casas de mediana apariencia y á la derecha una alameda ó pequeño jardín bien cultivado de bonitas flores, arbustos, árboles frutales, como mango y chico-zapote y palmas reales que circundan una preciosa fuente de bronce coronada de un niño montado sobre un delfin, arrojando agua por un cuerno marino.

Tomé asiento para contemplar ese bello conjunto y gozar de la frescura de los arbustos y despues me encaminé al interior de la ciudad, la que tiene dos ó tres calles largas que corren de Sur á Norte, con tiendas, pocas casas de alto y bajas de regular apariencia. Hay dos

plazas en construccion y la del mercado está bien surtida y bastante animada por la muchedumbre de vendedores y compradores, la mayor parte negros. Entré un poco al mercado y despues de haberlo recorrido sin encontrar cosa notable en frutas ú otros objetos, salí á tomar un refresco al hotel de Santander, que es uno de los tres ó cuatro que hay regulares, y continué recorriendo las calles que me faltaban, que son bien insignificantes; aunque todas tiradas á cordel, regularmente enlosadas y de noche un poco iluminadas. Hay una bonita iglesia casi terminada y el muelle del puerto en muy buen estado y bastante extenso, corriendo paralelo á la plaza que mira al Norte y casi cubierto de buques de todos portes, cargando y descargando.

En la tarde del mismo dia zarpó el "Lafayette," partiendo para la Guaira, á cuyo puerto atracó el juéves 7 á las cinco de la mañana. La ciudad, vista desde el mar, tiene un aspecto agradable, por formar un anfiteatro con todos

los edificios que se miran unos sobre otros, á diferentes alturas, engastados á las perpendiculares paredes de los cerros, que están muy inmediatos á la plaza; por esta razon, despues de ésta, que está frente del muelle, la calle principal y aquellas son las únicas que están al nivel del mar, mientras que las otras van subiendo gradualmente. La plaza contiene una bonita fuente con un Neptuno dorado en su parte superior; unos arbolitos y algunos asientos de madera, y en seguida tres muelles y la calle del comercio, son las únicas cosas que llaman un poco la atencion. En general la Guaira tiene un aspecto melancólico á pesar de su movimiento comercial y es tal vez por la irregularidad y pequenez de sus edificios, lo estrecho de sus calles y el mucho calor, causa por lo que no se mira una señora en la calle. Tiene tambien un pequeño ferrocarril que corre paralelo á la plaza y en él transitan una media docena de tranvays que llevan dos ó tres personas á una pequeña poblacion adya-

cente á la principal, denominada Maiquetía.

El mismo día 7 salí á las dos de la tarde para Carácas en uno de tantos coches que hacen esta carrera á mañana y tarde, cuyos asientos cuestan cuatro pesos por persona. El camino que recorren para la capital aunque es bastante plano, está lleno, sí, de un polvo tan fino que los caballos se entierran hasta el tobillo y el coche camina envuelto literalmente en una nube, pudiendo apenas respirar los viajeros cuyas barbas, pelo y bigote parecen los de un anciano, y las caras y vestidos los de un payaso. Yo me ahogaba, pero esto no me impedia admirar la espléndida vista que nos circundaba por todos lados y variaba en las mil vueltas y revueltas del camino practicado á la falda de los cerros. Como estos daban su frente al mar, la perspectiva era de las mas imponentes y crecia mas y mas la superficie del gigante á medida que nos íbamos elevando. Con la distancia y á la altura á que el carruaje se en-

contraba, el Atlántico unia todos los confines de su superficie al azul de los cielos, y algunas veces se confundían de tal manera, que ambos parecían una bóveda celeste que derivaba de nuestros piés. Yo decia á mis compañeros:

—¡Qué felices deben ser los caraqueños, que cuando salgan de su capital para venir a la costa á hacer un viaje ó conocer el mar, á dos leguas ó tres apénas de Carácas, se les presenta esa maravilla de la creacion con toda su imponente majestad y con la completa idea del infinito! Los que ven el mar por primera vez en otra parte, no pueden concebir lo grandioso que es, porque sólo ven una pequeña porcion de agua cuyo horizonte se levanta á la altura de los ojos; pero los que lo ven bajando de Carácas ó de otro puerto semejante, tienen que caer de rodillas para adorar al Omnipotente.

Yo tuve la fortuna, como te conté otra vez, de conocer el Pacífico por la costa del Real, cerca del Manzanillo, y los que desean conocer esa inmensa ex-

tension de agua, debían practicarlos por Venezuela ó por el Real (México). En este lugar no es su extension infinita lo que se admira, sino su estruendo, el rugido de sus olas que remedan la voz del trueno ó una descarga cerrada de artillería.

Llegamos á la mayor altura de los cerros en donde hay un paradero, un pequeño restaurant, y mientras cambiaban los caballos, tomamos una comida que el movimiento del carruaje nos la hacia bastante apetitosa. A poco seguimos adelante y á las ocho y media de la noche, despues de siete horas de camino, llegamos á la capital de Venezuela y nos paró el coche frente al hotel Saint Aman, que está situado frente á la fachada oriental del Capitolio.

Al otro dia muy de mañana, salí á recorrer la ciudad, comenzando por ver el Capitolio en el que están las cámaras del senado y la de diputados, situadas en la fachada Sur del edificio. Esta es del orden jónico, sostenida en su centro saliente por seis columnas, co-

ronada de un triángulo con un mal bajo-relieve: a los lados hay otro trozo con seis pilastras cada uno y dobles medias columnas; en todo el largo hay tres puertas: la del centro que comunica y las dos restantes á ambas cámaras; sobre éstas ornamenta una balaustrada.

Frente á la fachada mencionada hay un magnífico jardín con dos fuentes á los extremos, decoradas con grupos de niños de bronce que sostienen la vasija de donde surge el agua: en el centro está la estatua ecuestre de Guzman Blanco, que saluda al capitolio con el sombrero tricornio en la mano derecha, y descansa el caballo sobre un lindo pedestal de granito aplomado. El mérito artístico de la estatua es mediano en el detalle: si se exceptúa el conjunto, que es bien movido y natural, mas bien parece ejecutada la obra para una mayor altura. El local está iluminado con ocho elegantes candelabros de bronce teniendo cinco faroles cada uno. Frente al Capitolio se mira la universidad con su hermosa fachada gótica y tres torreci-

llas; pero el interior es detestable y anticuado que respira tristeza. Al lado de este edificio, en el ángulo occidental, hay otro igualmente gótico, con puerta al centro, seis ventanas y una linda torre en el medio: ignoro que destino se le dé al dicho, porque solamente tiene la fachada.....

Al extremo opuesto de la Cámara, mirando al Norte, está el palacio federal, cuya fachada ostenta tres partes salientes adornadas de seis columnas cada una; la del centro, que es semicircular, está decorada en sus lados centrales al pié de las columnas con dos más bellas estatuas de piedra ó yeso que representan: una la libertad, y otra la justicia, y reposan sobre dos ménsulas boca abajo; esta fachada es corintia. Los dos lados, Oriente Occidente que unen al Capitolio y Palacio Federal, son de dos cuerpos; en uno se eleva en su centro un arco, y ambos tienen á su frente bellos jardines, fuentes pequeñas y están circundados de una linda balaustrada y sus correspondientes candelabros.